



CAPÍTULO UNO

Cinco años más tarde

Las campanas del amanecer de la Torre Dorada de la Mañana Perpetua eran tan potentes que zumbaban en los oídos, tan fuertes que podrían despertar a los muertos. Debía ser así, puesto que era vital que todos los Insomnes del monasterio estuvieran completamente despiertos.

Fue así como, de repente, Artair despertó.

Lo hizo como todos los días: sentado en una silla frente a la pequeña ventana enrejada de su celda, sin recuerdos de haberse sentado allí ni de haber movido la silla. El *Otro* lo había hecho. La taza de cerámica con la que bebía agua y té estaba destruida en el suelo. Y, a juzgar por la mancha de humedad en la pared, suponía que el Otro la había arrojado allí durante uno de sus ataques de ira.

Haciendo una mueca por el dolor familiar en la espalda (solo por una vez, le gustaría que el Otro pasara la noche en la cama angosta en lugar de deambular por la habitación sin parar o quedarse sentado en la silla), Artair se incorporó, se estiró y se lavó la cara en el lavabo de agua fría. Despertaba al amanecer desde que era un niño y ya

estaba acostumbrado al exigente cronograma de la Torre Dorada. Aun así, miró con anhelo la cama, cuyas sábanas y almohada aún estaban intactas. Tal vez podría recostarse un momento, descansar hasta que el hermano Benzin pasara con su ronda matutina... Pero acostarse estaba prohibido para los Insomnes fuera de las horas autorizadas. Después de todo, siempre existía el riesgo de que se olvidara y se quedara dormido, y que entonces el Otro apareciera. Si eso ocurría, nadie podía predecir lo qué sería capaz de hacer.

No muy lejos, un recuerdo oscuro cobró vida en el fondo de su mente: un olor sofocante a humo, un sabor a carne quemada en el aire... Artair se arrojó más agua fría en la cara para espantar esos pensamientos.

—El cimiento de la torre es la vigilancia —balbuceó.

Había un pequeño espejo sobre el lavabo, alterado por los años y apenas opacado en una esquina. Se miró en el reflejo y buscó en su rostro rastros del Otro, como hacía todas las mañanas. Le resultaba imposible creer que, hacía solo unos minutos, otra consciencia había controlado sus ojos castaños, movido su boca y la había hecho sonreír, fruncir el ceño... o gritar. El espejo le devolvió la imagen de siempre: una nariz recta y alargada, una mandíbula marcada, una cicatriz fina que le cruzaba la ceja derecha, aunque esta no había sido obra del Otro, sino un accidente con las varas de entrenamiento que usaban los novicios todas las tardes. Sus ojos castaños lo miraban con la habitual mezcla de curiosidad y determinación. Su cabello oscuro estaba despeinado y enmarañado, como si el Otro hubiera pasado la noche revolviéndolo, pero eso podía solucionarse con un peine y un cepillo. Al menos no se lo había arrancado, como había hecho en otras ocasiones.

—¡Buenos días, Artair! —El rostro del hermano Benzin apareció por la pequeña ventana en la puerta. Era un hombre afable, rubicundo, con barba gris y la túnica blanca de su orden con manchas de tierra y césped; siempre que podía, trabajaba en los jardines—. ¿Estás con nosotros?

Artair se acercó a la puerta para recitar el verso del día. Todos los días recibían uno nuevo, para que los hermanos y hermanas del monasterio supieran con quién estaban tratando.

—“El pez de plata en el mar aletea, el tejón hace su cueva en la ladera”.

—Sí, sí, está bien. —La puerta se sacudió cuando Benzin la destrabó con las llaves que llevaba en una argolla en su cinturón—. Un poco simple para mi gusto, pero la hermana Rosea consiguió un nuevo libro de poesía en una tienda de Addersport y me temo que está bastante obsesionada con él. —La puerta se abrió y Benzin se hizo a un lado—. Prepárate para más rimas inspiradoras con *gato* y *pato*, o, que los Doce nos salven, *río* y *frío*. Cielos, mira ese cabello. ¿Asumo que tuvimos una noche difícil?

Artair sabía que no era una pregunta de verdad. Después de todo, ¿cómo podía saber lo que había hecho el Otro? Pero, de todos modos, sintió que sus mejillas se sonrojaron.

—¿Se escucharon ruidos en mi celda?

El hermano Benzin se encogió de hombros y le dio una palmada afectuosa en el hombro.

—En todas las celdas hay ruidos por la noche, amigo mío. No dejes que te afecte. Después de tus meditaciones y ejercicios matutinos, voy a necesitar tu ayuda en la huerta, ¿te parece?

Cuando Benzin se marchó para continuar su ronda por las demás

celdas de la torre, Artair volvió a su cuarto, humedeció el peine y pasó unos minutos intentando domar su cabello. Tenía la sombra de una barba incipiente, aunque no era tan tupida como para ir con la hermana Rosea a que lo rasurara; las hojas afiladas estaban estrictamente prohibidas en las celdas de los Insomnes. Cuando terminó de arreglarse lo mejor que pudo, se tomó un momento para barrer los restos de la taza rota y los colocó sobre la pequeña mesa de madera que había en un rincón. Fue entonces que notó que uno de los fragmentos de cerámica había sido usado para raspar un mensaje en la superficie de la mesa. Las palabras lucían inestables y llenas de frustración, como si quien las hubiese escrito solo hubiera tenido unos minutos para hacerlo y no toda la noche.

DÉJAME SALIR

—Nunca —dijo Artair. Pasó los dedos por encima de las palabras y pensó: *mis manos hicieron esto*—. Nunca te dejaré salir.